



LA PALETA (1).


 Cualquiera creará, al leer el epígrafe de este artículo, que yo pienso escribir un par de cuadernillos de papel, en que relate por menor, y á fuer de cronista, la biografía de alguna de las muchas mugeres, que dejando en su pueblo el cayado con que arraban las cabras que llevaban á pacer, se pasaban los dias, y aun los meses, sin entrar en poblado hasta su venida á Madrid. Si estas hicieran la linda vida que esas pastoras de la Arcadia, que los señores poetas, dejando volar su fantasia, nos han pintado llenas de encantos, con sus cabelleras de hilos de oro, y su tez sonrosada en las gargantas de alabastro, pudiera admitir una descripción llena de poesia, y muy á propósito para una égloga; pero no es este mi objeto: primero porque en las pastoras que por mi pais se crian, no se halla nada de hermosas, ni de rubias, pues pasando una vida, como la que tienen, siempre á la intemperie,

ha llegado á tostarse su cutis con el sol, de tal manera, que mas bien parecen negras de Guinea, que pastoras de la Arcadia (si es que en la Arcadia no las hay tambien de ese color, aunque si hemos de creer á los poetas, todas son tan hermosas, que yo siento á fé mia no poder hacer un viage á tal pais para admirar tantas bellezas) segundo, porque ahora no estoy de humor de versificar, y tercero, porque á esa clase la dejo que forme su atillo en el devantal mas viejo de su madre, y se vengán á Madrid, en donde podrán servir en algun figon, y así á fuerza de estropajo y arena de san Isidro, conseguirán entrar en luz su denegrida y curtida piel, logrando de este modo aparecer como una deidad á cualesquiera de los *mercaderes de aguas* (segun se titulaba cierto gallego de este comercio) que yendo allí á almorzar la entrada fuerte de una sardina, no podrá resistir á las lanzas de Cupido (pues su cuero no le pasarian flechas) cuando vea las alabastrinas manos, que tan sabroso plato aderezàran. Esta clase de paletas viene á Madrid sin otras pretensiones, que las de ganar su pequeña dote, comer y dormir entre vidrieras unos cuantos años; y despues poder contar en su pueblo, como fueron de paseo á la fuente Castellana, á Chamberí, á la casa de fieras, y al coliseo de la Cruz, en donde vieron la primera par-

(1) Este artículo fue escrito para el Album del Bello sexo, en donde no se publicó por haber cesado este periódico. Se dá el nombre de paletas en Madrid, á aquellos que nacen, se crian, y educan en los pueblos.

te de una comedia, que se empezó el domingo de Pascua, y se concluyó el martes en que se representó la tercera, cuyo asiento de los tres días se le pagó el criado del cirujano de enfrente, á cuenta de zurcidos y otras labores...» En el pueblo les espera ya un novio, que no conocen, pero que los padres de ambos han arreglado la boda por medio de una negociacion diplomática, que se concluyó ajustándola en diez cabras, y un zagalejo para la novia. Se omitió la ceremonia de los retratos, por suponer se gustarían... En estas hay algunas que suelen adquirir su celebridad particular; pero las dejo para quien quiera ocuparse de su historia, que tiempo es ya de hablar de las paletas, señoritas que vienen á Madrid con sus pretensiones de cortesanas, y que queriendo continuar en sus pueblos representando tal papel, se hacen intolerables. Guerra me van á declarar todas ellas, y temo que cuando vaya á mi pueblo, que tambien yo soy paleta, se pronuncien contra mí, formándome una acusacion ante el tribunal, hasta ahora no conocido, del bello sexo, cuyo fallo me seria muy desagradable, si fuera destituirme de su gracia; pero apelaré de él para ante quien haya lugar, es decir, para ante esas verdaderas paletas, llenas de caudor sencillo, de virtud y gracia, que me harían justicia, y conocerán cuan ridículo es el papel que hacen algunas de su clase.

Apenas una ricacha de un pueblo llega á la edad de quince años, poco mas ó menos, empieza ya á acicalarse, ó bien arreglándose el vestido que llevó su madre cuando novia, ó con uno que la compró su abuela, que al ver las gracias de su nieta, y las ponderaciones que en el lugar se hacen de ella, no pudo resistir al deseo de que aparezca el día de la funcion del Santo patrono de su pueblo, con el lujo que corresponde á su clase. Llega este día, y engalánase la niña, asistiendo á su tocador todas las vecinas. Al ama del señor cura, que hace pocos dias que vino de Madrid, se la consulta de la manera que habrá de ponerse una pelegrina que la regalaron sus primas las hijas del apoderado del señor marqués de C., y ellas no saben si ese es chisme que haya de vestirse por la cabeza ó por los pies, y si el lazo deberá ir atrás ó adelante, ó cual será su regular colocacion. Las vecinas la peinan y atusan: unas dicen que debe llevar rizo á lo *perro de aguas*; otras que ha de ser el pelo muy aplastado y pegado á las sienes, en términos que solo se vea la décima parte de la frente, y no puedan moverse con entera libertad los párpados, pues así lo trajo la hija del escribano cuando vino de Madrid, y era la última moda, tomada de una bailarina que tuvo la accurencia de ponérselo así, y ya desde la mas aristócrata á la mas demócrata habia cundido el deseo de imitacion, de la misma manera que si la hubiese ocurrido, ponerse un peinado de herizon, ó otro del tiempo de la reina doña Berenguela.

Por fin ya vemos á la señorita perfidada y arreglada como la mas elegante cortesana, en sentir de las vecinas, muy puesta de pelegrina, chal,

pañuelo manton y de entretiem po, pues todo es nuevo, y es preciso lucirlo en el mismo dia (aun cuando sea por S. Juan, y sude toda la tarde) que sale contoneándose y meneando sus caderas, para adquirir el renombre de *satada*, que en los pueblos les compete de derecho á las mas ricas, y se dirige á la casa donde está preparado el baile, y se han reunido todos los señoritos y señoritas del pueblo, quienes á la música de alguna tartamuda guitarra, ó á lo mas de un ebriante clarinete tocado por el zapatero, rompen el gran soicée con un saltibricado rigodon. Algunas cosas notables suelen pasar en esta reunion, al ver allí á cada uno querer imitar á los elegantes cortesanos, y á no ser por alargar demasiado este artículo, las anotaria; pero quiero concluir pronto, en particular el baile, porque ademas de ser poco aficionado á este género de diversiones, es ya tiempo de que traigamos á nuestra heroína á lucir su elegancia á Madrid, y ó bien por los cabellos, como muchos autores traen algunas cosas, ó bien en el carro del ordinario, que la será mas cómodo, es preciso que la obliguemos á hacer el viage...

Antes creo deber hacer mencion del contenido de una carta (la cual omitimos por no ser de gran interés á la historia) que el apoderado del Sr. marqués de C., tio de la señorita, ha dirigido á su señor padre, en la cual le decía lo que sigue, sobre poco mas ó menos, y es: «que sabiendo lo aficionada que es su querida sobrina á bailes, modas y toda clase de diversiones, desearia la permitiera venir á pasar la temporada de ferias á esta corte, para que de ese modo pudiera gozar de su amable sociedad, y volver al pueblo tan fina é instruida en las cosas del gran tono, que nada habria que desear...» La niña al leer este párrafo de la carta, despues de haberla repasado su media docena de veces, salta de contenta, acaricia á su padre, abraza á su madre, y dá mil besos á las acartonadas megillas de su abuela, sin dejarla hasta que la ha ofrecido, que hablará en su favor cuando el asunto se discuta. Ella no ha visto el Prado; pero se figura como es, y que cuando pasee en él como cuando vaya por Madrid, se dirá: «esa es la hija de D. Alejandro Carvajal, señorita que cuenta cuarenta y ocho abuelos nobles, y aun se asegura descendiendo por línea transversal del rey don Rodrigo,» cuya voz correrá entre todos los jóvenes, y todos, y cada uno de ellos, la elegirá por señora de sus pensamientos, lo que dará ocasion á una porcion de aventuras, por el estilo de las que ha leído en algunas novelas de Sir Walter Scott, que la dió á escondidas el barbero...

Entre tanto, se consultaba en consejo de familia lo que se debería contestar al Sr. Apoderado. La abuela y madre opinaban porque la niña fuera á llevar la contestacion; pero al padre, hombre muy montado á la antigua (segun algunos clásico) no le parecia muy bien eso de entrarse en casa de su primo sin mas ni mas, ó segun otros de hoz y de coz; empero estamos en tiempos de mayoria, y las

mas vencieron, sometiéndose el señor don Alejandro. Dióse noticia á Juanita, que es el nombre de la heroína, de lo decretado, y entre el arreglo de baules y pensar en que venia á Madrid, no pudo dormir aquella noche. Es escusado decir que traería cuantos vestidos, mantillas, y demas atavíos tenía, y también que vendría en el carro del ordinario, y no la sucedería nada de particular en el camino, que de notar sea, puesto que el que diera algun vuelco, ó se alascára en un vache, no es ninguna novedad cuando se viaja por los caminos de España, así que despues de tardar á razon de dos horas por legua, se encontró ya tirando de la campanilla en casa de su tío, cuando empezaba á anocheecer.

Vivia este buen señor en la casa de un grande, el señor marqués de C., cuyos bienes administraba, siendo hombre tan inteligente en ese ramo, que habia puesto la casa en un estado de bonanza, al cual no llegó jamás, sin que por su parte hubiera omitido el adelantar su fortuna á fuerza de economías y ahorros, con el objeto de dejar un pedazo de pan que comer á sus dos hijas, y primas de la huésped. Estas dos señoritas habian recibido la educación propia del siglo XIX, y sabian un poquito de cada cosa, aunque lo suficiente para pasar al lado de Juanita como unas literatas de primer orden. Juanita por su parte tampoco se habia descuidado en ponerse al corriente de las ideas dominantes de la época, y habiendo leído algunos dramas románticos, y las novelitas que los periódicos van dando en sus folletines, *traducidas libremente del francés*, conservaba en la memoria ciertos parrochitos reservados para cualquier lance, en que fuera preciso desdeñar á un trovador, ó escuchar los votos de algun Jeremías. La primera noche de su llegada, se pasó en abrazar y besar con entusiasmo á sus primas (quienes la querian mucho sin conocerla) y en disputar sobre con quién habia de dormir, porque cada una queria ser la preferida, habiendo necesidad de que su tío, atendiendo á la equidad, sentenciase, que... durmieran las tres juntas, para que de ese modo quedáran iguales.

Al día siguiente, despues de tomar chocolate, (que el almorzar es muy de pueblo) y dedicar tres horas á la *toilette*, (en español peinarse y lavarse) Juanita encontraba que sus vestidos no eran ni de las telas, ni tan bien hechos como los de su primas, y que estas pensaban salir de sombrero, porque aquel día iban en todo adornadas á la francesa, y las mantillas son muy españolas. ¡Qué apuro! Era preciso no ser menos... Es decir, renunciar á ser española, pues en su pueblo llevaba la preferencia en todo, y sobresalía en las modas, así es que al momento se mandó por un sombrero, y se hizo venir á la modista para que la equipase de trages, según los últimos figurines llegados de Francia.

Salió á pasear á las ferias y encontró en ella, elegantes con sombreros, mas con mantilla, y mas de cualquiera manera que fueren vestidas, todo ha-

bia su atencion, y de buena gana se hubiera mandado hacer un traje según y conforme cada uno de los que veia, sin ocurrirla, que el ser elegante no consiste en ir vestida de este ó del otro modo, sino en saberse vestir, y mas que todo, en adquirir cierto aire particular de desenvoltura, que solo le tienen las personas que viven en las grandes poblaciones, y que vienen á hacer del artificio una costumbre, que les hace llevar de distinto modo las cosas, que el que nunca las usó.

Ya tenemos á nuestra Juanita paseando en la calle de Alcalá, agarrada del brazo de sus dos elegantes primas, quienes contestaban con la amabilidad cortesana á cuantos esticados jóvenes las saludaban, creyendo que sus gracias y encarnadas megillas eclipsarian muy presto las descoloridas y lánguidas caras de sus parejas... Pasóse la tarde en dar vueltas y mas vueltas, y en llevar apretones, pisotones y lirones, que es lo que por aqui llamamos pasear, y despues de haber escuchado á sus compañeras criticar: «á Rosalia que iba acompañada del comandante, que se dice la obsequia, y la paga el abono del palco, tan solo con el objeto de que distraiga un esplin, que la quedó de cierta enfermedad que padeció...» A la Benigna su paletina del tiempo de doña Juana la Loca, (que también la echaban de instruidas en historia) y á la Abelina lo mucho que la duraba el vestido de muselina verde mar, se estendieron á algunos pormenores, en cuanto á la primera, que creo deber callar, y se retiraron hablando aun, de si los pantalones del marqués de la Tigera habian sido hechos ó no en París, ó eran obra de Borrel. A todo esto callaba Juanita, porque ni sabia que Borrel existiese, ni tampoco la habia ocurrido, que podría haber marqueses, y otros que no lo son, que se mandasen hacer pantalones en París, habiendo en Madrid, en cada calle, cuatro ó cinco sastres, y ademas venia pensando en las pocas conquistas que habia hecho, empero tenia esperanzas de que aquella noche podría sacar mas partido en un baile á que estaban convidadas en casa del relojero de la esquina, hombre que tenía una hija de 17 años, y con el objeto de que se ilustrase, y pusiese al corriente en las cosas de sociedad, daba una reunion de confianza todos los miércoles y sábados, á la que solo concurrían *personas escogidas* y bien reputadas, cuya reunion era presidida por doña Hdefonsa Dábalos, viuda de un intendente, y quien por estar tan malas las pagas, y sin trazas de enmendarse, habia tenido necesidad de buscársela *como muchos*, y encontró á D. Crisanto, viudo también, y que la encomendó el cuidado de su única hija.

Luego que llegaron á su casa fue preciso vestirse de nuevo para ir de baile. Esto la chocó mucho á Juanita, que estaba acostumbrada á ir en su pueblo con el mismo traje que á paseo, y alguna vez á la iglesia; pero nada dijo, porque eso hubiera sido dar á conocer que era paleta, y es esto cabalmente lo que trataba de ocultar. Ya la tenemos vestida de

baile, y deseando ir á lucir su habilidad para atraer hacia sí una porcion de condes, marqueses y duques, que se figuraba serian los que compusiesen la reunion, pues tanto en las ferias, como en las calles por donde habia ido, todos la parecian personajes, segun lo soplados y estirados que iban. Llegó á la casa, y despues de los cumplimientos de ordenanza, se encontró en una sala un poco mas adornada que las de su lugar, pero no tanto como se habia figurado. Paseaban varios jóvenes con sus pretensiones de elegantes, pero sin que les faltasen á los mas, sus guantes de seda, y sus chaquitas azules al cuello, trascendiendo desde la escalera al gremio de peluqueros, sastres, y alguno que otro dependiente del comercio (*vulgo hortera*)... Al momento se habló en toda la sala de la recién llegada, y hubo persona que la hizo subir hasta una heredera de unos títulos, que viajaba de incógnito, porque siendo huérfana, el tutor en cuyo poder se hallaba, tenia interés en ocultar su nacimiento..... Abrió cada cual una cuarta de ojo, y empezó á meditar el plan de conquista, habiendo alguno, que ya se figuró paseando en un gran carruaje del tres por ciento (1), llevado por un par de magníficos caballos, y sosteniendo ruidosos pleitos con un userero y avinagrado tutor; pero á todos cogió por la mano un hortera, que ya habia visto en la boda de Juanita una especulacion mercantil, y apenas se hubo sentado la pidió para un rigodon. Dióse la voz de *en baile*, y la primera pareja que se presentó en uno de los testeros de la sala fue Juanita, agarrada de la callosa mano del hortera. Empezó este su conquista valiéndose de esa elocuencia de mostrador, que unida á la circunstancia de ser sábado, la hizo creer que era algun príncipe ruso que por capricho vivia en Madrid. Al escuchar Juanita tanta palabrería, dicha en un estilo declamatorio y fácil, se convenció que era cierto que la amaba, y no podia ya ocultar el gozo que la causaba tal conquista, con templándose señora del gran tono, sin tener que pensar en esas ocupaciones tan plebeyas de los tabadores, escitando la envidia de la hija del escribano de su pueblo, que era su rival en modas y gracias, y aun hasta de sus mismas primas.

Acabóse el rigodon, y cuando Juanita fue á sentarse, ya llevaba grabadas en el corazon ciertas palabras de su amante, tan nuevas para ella que casi no las entendia, y ya habia concertado tambien una cita para el dia siguiente, en que le daría su contestacion tan explicita como él la habia exigido, y en que preparaba algun lancecito un poco novelesco, para darle á conocer que tambien ella entendia algo en ese punto.

Duró el baile, como de costumbre, hasta las diez, y el D. Quijote no omitió medio de agradar á su Dulcinea, sin que esta por su parte se descuidase

en hablar de sus riquezas y posesiones; pero fue preciso separarse, y con el corazon lleno de amargura, se pronunció por el par de amantes un prolongado adios, que no se volverian á hablar hasta el siguiente miércoles, aun cuando tuvieran el gusto de escribirse por medio del aguador, medio barbero conocido ya en Madrid, pero de bastante novedad para nuestra paleta.

Algun dia despues oyóse pasar un caballo al trote, una y otra vez, y á la tercera en que sus manos golpeaban con mas fuerza en las piedras, se escuchó un agudo grito y una voz que decia, ¡Ay! Que se mata... De repente Juanita, como inspirada secretamente, abre el balcon, se asoma, y se halla con que su adorado aventurero, apretando los hijares del fogoso alazan (tal la hubo parecido, pero era solo un caballo de alquiler...) habia empezado á dar botes, lo que ocasionó el susto y exclamacion de dos fruleras, que á ella la puso en movimiento. Al mirar su hermosa en el balcon, conoció el caballero que era lance de lucirse, y comenzó á arrimar las espuelas y á refrenar su alazan, con el objeto de que hiciera piernas, y pudiera demostrar su inteligencia en equitacion: mas el caballo que no debía estar de acuerdo con las intenciones de su señor, en vez de hacer piernas, dió dos saltos de carnero, y al tercero se apeó por las orejas el malhadado caballero, que no en buen hora habia hecho salir al balcon á su amada, y algunas curiosas del barrio. El susto que pasaria Juanita presenciando tan terrible escena, no cabe en explicacion; pero baste decir, que tuvo que hacer cuanto pudo para no perder el sentido, y para disimular la rabia que la causara ver reir á sus primas, quienes conociendo al sugeto, y la procedencia del caballo, no pudieron menos de soltar la carcajada, viéndole levantar, y marcharse avergonzado, pero sin muestra de lesion alguna. Ya el aguador la habia entregado una carta, y ella le habia dado otra, en que le declaraba su pasion, y cuando mas castillos formaba en el aire, pensando en su ventajosa boda, en sus trages á la francesa, sus soirées, y permanencia en la corte, hete aquí que se presenta un dia el tio Rigores, mayoral de la labranza de su casa, con la burra parda, y una carta de su padre, que sobre poco mas ó menos decia lo siguiente: «Querida Juanita: despues de saludarte, como á tu tio y primas, paso á decirte; que habiendo sido tu abuela acometida de una apoplejia, de cuyo alivio desconfian los médicos, es de la mayor necesidad te vengas á esta, á fin de que no privemos á tan querida señora, del placer de exhalar el último suspiro en los brazos de su preferida nieta, pues bien sabes siempre ha tenido ese empeño: por esta razon pasa Rigores con la burra parda y las hamugas, para que mañana tengamos el gusto de abrazarte. Espraciones, etc..»

No es difícil conocer la cara que Juanita pondria al leer la anterior carta; era tan mala ocasion de morirle su querida abuela!, pero ya se vé: estas señoras mayores suelen tener unas rarezas!

(1) Son llamados por algunos, carruges del tres por ciento, los muy bajitos que acostumbran á usar la mayor parte de nuestros jugadores de bolsa.

Cuando su tío y primas oyeron tan terrible nueva, pensaron estas en contestar al señor don Alejandro, suplicándole revocase una orden, que había puesto en consternación á toda la familia, y lo hubieran hecho, fundando su carta en la poderosa razón, de que lo mismo se había de morir su anciana abuela en los brazos de su nieta, que en los de cualquiera otra, á no ser por las reflexiones del señor apoderado, que hombre machucho, y que conoce lo que son pueblos, las hizo ver cuanto podría perjudicar á la buena reputación de toda la familia, el que en un momento tan crítico se les abandonase, tan solo por no privarse de la diversion.

Juanita lloró un poco, gruñó mas, y pensando en escribir antes de marchar á su adorado tormento cuanto la pasaba, se dispuso á partir, y al día siguiente, despues de un millon de besos á su tío, y otros á sus primas, se puso en camino, y llegó sin novedad particular á su pueblo.

Ya tenemos á nuestra heroína en medio de toda su familia y las vecinas, sentada junto á la cama de su querida abuela, que á beneficio de evacuaciones de sangre y cantaridas, se encontraba fuera de peligro. D. Alejandro, su familia y toda la vecindad estaban estasiados en oír y ver á Juanita, que contando lo mucho que se había divertido en la corte, y lo obsequiada que había estado, no dudaban en que habría hecho uno de los principales papeles, y se habría vestido de luto al sentir su falta. Mas se cercioraban de esto, cuando la oían suspirar á menudo, hablar de lo apasionados y sensibles que son allí los jóvenes, y de cuantas veces solía ver en el Prado al marqués de la Sémula y al conde del Macarron. A estos señores los conocía de vista, pero hablaba de ellos con la misma confianza y familiaridad, que pudiera hacerlo del galopin (1) de su casa; pasó un día y otro día, y Juanita cada vez podía acostumbrarse menos á la vida monótona de un lugar, y todo el tiempo se la pasaba en suspirar, viendo que su trovador no solamente no se había aparecido en una noche de luna á cantar debajo de su ventana, sino que ni aun le había escrito. Viendo perdidas del todo sus esperanzas, y concluidos aquellos ensueños que su imaginación la había pintado llenos de encantos, se entregó demasiado á pensamientos hartos melancólicos, en términos, que la acometió una grave enfermedad. Entonces su padre, por medio del señor cura, trató de indagar cuál sería la causa de aquel abatimiento é indiferencia para todas las cosas del pueblo, y Juanita les declaró sus amores con un jóven en Madrid, de alta clase y ventajas... Su padre en seguida trató de informarse, por medio de su primo, de la verdad, y la dió palabra de que todo se arreglaría según y conforme ella deseaba: con esto se alivió y volvió su sonrosado color, que había desaparecido de sus mejillas. Pero, ¿cuál sería su sorpresa, cuando

supo que aquel onya fama había corrido por todos los pueblos circunvecinos, á mas de en el suyo, era un hortera?... Un hortera?... Sí... lectores míos... Un hortera... Todo el orgullo de Juanita, que ya no se dignaba hablar con ninguno de los amigos de su cñeiz, se vió ajado, y á dejarse llevar de los movimientos de indignación, viéndose así ridiculizada, se hubiera tirado al pozo de cabeza, sintiendo no hubiese allí Sena ó canal, que era lo mas conveniente á sus ideas novelescas, y un si no es románticas... Pero mirando cuan caro la había costado su deseo de figurar, y lo en ridículo que se había puesto, se decidió á renunciar á sus pretensiones de cortesana, y cambiando el vestido de maré, hecho por madama de K., por uno de estameña de Guadalajara, se dedicó á cuidar á sus padres, llenos de sentimiento, por ver á su hija burlada, y á esperar la boda de un honrado labrador, que en vez de carruages y lujo, la diese tranquilidad y goces, en la esfera en que había nacido.

Esta historia tan verdadera, puede servir de ejemplo á muchas, que queriendo sacar las cosas de su quicio, se empeñan, viviendo en un pueblo, en pasar por cortesanas. A mi modo de ver, es ponerse en ridículo, y conseguir que los demas se mofen de pretensiones tan desatinadas. En todas partes hay personas muy apreciables por su virtudes y talentos, y ni todos podemos ser paletos, ni cortesanos, y yo que me honro con pertenecer á los primeros, no creo desmerezcan en nada á los segundos. Siendo bien sabido que de una pequeña aldea han salido hombres muy eminentes, mientras las cortes cobijan ambiciones desmesuradas, pasiones mezquinas y corrupcion, así pues, traslado á las presunidas lectoras de los pueblos..

N. R. DE LOSMOS.



MISCELÁNEA.

—*La lengua turca.*—La lengua de los pueblos de raza turca estendida en el dia por una gran parte del globo, se habla por naciones independientes las unas de las otras, y las cuales ocupan grados muy diferentes en la escala de la civilización, en cuyas relaciones con los pueblos vecinos varían según sus posiciones relativas. Esta lengua adulterada por varias circunstancias, consta en el dia de ocho divisiones ó dialectos: El *ouigour*, el *jaghataian*, el *kapichak*, el *kirghis*, el *turcomano*, el *caucaso-danubio*, el *austro siberio*, el *yakoute*, el *tchouache* y el *osmandi*. Estas divisiones abrazan todos los dialectos existentes en el dia, y uno ú otro está en uso entre las varias naciones que se estenden desde el estrecho de Gibraltar hasta la China, y desde las partes mas remotas de la Siberia hasta las riberas.

(1) Se dá el nombre de galopin en los pueblos, al criado mas pequeño que hay en las casas de labor, destinado á servir á los demas de su clase.

del Indo. En Egipto, y en los estados berberiscos, en levante, en la corte de Téheran, en las provincias septentrionales de la Persia, la lengua turca es la dominante. En los vastos estados del Gran Señor, en cuasi toda la Tartaria, y en mucha parte de la Siberia, el turco es uno ú en otro de sus dialectos es la lengua madre de sus habitantes. El dialecto llamado *ouigour* puede considerarse como el mas sabio, el mas antiguo de los idiomas turcos; y como la lengua de un pueblo que poseia el arte de escribir en una época muy remota, y que de muy antiguo cultivaba la literatura, ofrece un interés particular cuando se estudia la lengua y la literatura de los pueblos de raza turca. El *ouigour* es todavía la lengua de los pueblos que habitau entre Kashgar y Kamoul; y el sabio Klabrot nos ha dado un vocabulario de 87 palabras que aprendió de un individuo nacido en Tourfan y en donde la lengua madre era *ouigour*. Las diferencias que existen entre el *ouigour* y el *osmandi* son la mayor parte de la misma naturaleza de las que hay entre la situacion relativa de los dos pueblos.

—*Guardate de los locos.*— En la casa de locos de Méjico habia uno que guardaba un rencor extraordinario contra dos de sus compañeros. Queriendo vengarse, propuso á sus enemigos que representasen las tres personas de la Santísima Trinidad. No bien lo hubo pronunciado, cuando los dos compañeros acogieron su proyecto con una alegría inexplicable. Para cumplir su deseo, dió á uno el papel de Dios hijo, al otro el de Espíritu Santo, y él se quedó con el de Padre. Dejó que pasasen algunos dias, ocupando el tiempo en asuntos de corta gravedad, hasta que una mañana se subió con ellos á la azotea, y les dijo los grandes pecados que cometian los hombres, y la gran necesidad que habia de que bajase el hijo á redimirlos. Acto continuo el desgraciado á quien tocaba se precipitó desde una altura de 80 pies á la calle, y dejó los sesos en el empedrado. Sin pérdida de tiempo el maldito loco dijo al otro compañero que como Espíritu Santo que era bajase á iluminar á los Apóstoles. El infeliz se precipitó sin decir una palabra, y sufrió el mismo fin que el anterior. Entonces el Eterno se acercó al pretel de la azotea, miró con mucha cachaza los efectos de su obra, y encogiendo los hombros y meneando la cabeza, se entró en su jaula diciendo: *El padre nunca descendió.*

—Para probar el espíritu de igualdad que existe entre los suizos, solo citaré los dos hechos siguientes:

Viajaba uno á caballo por aquel país, y hallando obstruido el paso por una barrera, vió cerca á un trabajador, y llamándole le dijo: Buen amigo, abre presto esa barrera.—¿Quién eres tú, le contestó el paisano, para mandarme así?—Soy el profesor de Berna.—¿Y qué quiere decir profesor?—Un hombre que por medio de las ciencias que po-

see, lo sabe todo.—Pues bien, si tú, como dices, lo sabes todo, sabrás tambien abrirte la barrera sin necesitar mi auxilio.

—Pasando un caballero por delante del correo se acercó á la ventana y le preguntó al administrador: amigo, hay algo para mí?—Y el administrador le contestó: no, no hay nada para tí.—¿Desde cuando acá, le replicó, ese tono de familiaridad conmigo?—Desde que somos amigos, le contestó el administrador.

—En el canton de Bale hay una ley que obliga á todos los que se casan, á plantar seis árboles en el acto de verificar su enlace, y dos cada vez que nace un hijo. Esta plantacion debe hacerse en el terreno del comun, y á esta sabia ley deben un plantío disforme productivo.

—Hallándose Bonaparte en el sitio de Tolon disponiendo una bateria contra los ingleses, cuya construcion procuraban estorbar con sus fuegos, se le ofreció expedir una orden y pidió un cabo ó soldado que supiese escribir: presentóse un joven y escribió lo que le dictaron en el mismo parapeto: así que hubo concluido, una bala de cañon enemiga vino á dar al lado suyo y le cubrió de tierra: «Muy bien, dijo el apaciguense sin inmutarse; así escusamos armilla.» La frescura con que pronunció estas palabras llamaron la atencion de Bonaparte, quien cobró amistad á aquel joven é hizo su fortuna. Este era Junot, el cual fue creado despues coronel general de húsares, duque de Abrantes, etc.

—He aqui una escena graciosa que ha tenido lugar la noche de.... en una casa del barrio rural de Saint Just, en Marsella:

Un individuo llegó á su casa un poco tarde, y en vez de entrar en su cuarto, se metió en el de su vecino, sin advertir que habia subido un tramo mas de escalera. Marido y muger, recogidos ya, dormian profundamente, y nuestro hombre se aproximó á tientas á la cama que creia la suya, y se mete en ella sin cuidar de desnudarse; pero desgraciadamente, al estender la mano se encuentra con un gorro de algodón; se imagina que un seductor acompaña á su muger, y furioso arremete á puñetazos sobre el pacífico durmiente. Este se levanta gritando; su voz aumenta la cólera del dominante, que redobla con mas fuerza los golpes, acompañados de las mas terribles injurias. En vano la muger, ya despierta, reconoce al hombre atolondrado, y se esfuerza en convencerle, porque tambien participa de los mismos baldones y porrazos. En fin, los gritos, el tumulto, el ruido de los muebles que arrojaban por el suelo, despiertan á los demas vecinos, y entonces es cuando nuestro hombre reconoce su error, y lo peligroso que es acostarse ébrio, á los dos de la mañana.

CRONICA DE MADRID.

Introducción. — Teatro del Circo: I due Foscari. — Partida del Sr. Ronconi. — Movimiento literario. — Manual de la guerra de la Independencia. — Cuadro de las revoluciones catalanas. — Parodias de verdades. — El desterrado. — Rafael. — Fábulas políticas. — El Cancionero andaluz. — Obras de la Sociedad literaria. — El Genio.

Vedado es para nosotros el ancho campo que nos pudiera ofrecer la política para nuestras crónicas, cerrados están los teatros, de los cuales pudiéramos hablar, pero en cambio el movimiento literario que se nota en esta corte, aumenta progresivamente, y este debe ser hoy el alma de nuestra crónica.

Nada podremos decir de modas, y en ello nos perdonarán nuestras lectoras, pues más aficionados a los ojos de las hermosas que a sus trajes, sólo reparamos en aquellos cuando formamos parte cada tarde de la numerosa y elegante concurrencia que acude al Prado.

El calor es inaguantable, y á eso achacamos el que hubiese tan poca gente la noche del 22 en el teatro del Circo, á pesar de anunciarse *I due Foscari*, ópera del maestro Verdi, y con ella la nueva salida del Sr. Salvatori. *I due Foscari*, tiene un pobre, muy pobre argumento, y la música, aunque digna de Verdi, no es, sin embargo, digna de las anteriores composiciones de este maestro. Los cantantes estuvieron felices, y obtuvieron el honor de ser llamados á la escena la Sra. Ober Rossi y los Sres. Salvatori y Tambrlik, envidiable triunfo de unos artistas cuyo mérito es inegable y poco común.

Los *dilettanti* han perdido al Sr. Ronconi, que se ha dirigido á Barcelona para pasar en seguida á Italia. No dudamos que los filarmónicos catalanes sabrán apreciar como se debe á tan eminente artista.

Grato, muy grato es para nosotros, como hemos tenido el gusto de expresar muchas veces, ese movimiento literario que notamos en España, ese afán de saber que lanza á los jóvenes á un palenque en el que recojen abundantes y copiosos laureles, esa animación poética que da nueva vida á todos los corazones, y les impele á crear concepciones tan bellas como los rayos de la luna que rielan en nuestros ríos, tan ardorosas como el sol que abrasa nuestras cabezas. La independencia literaria hace sentir su proximidad, las trabas que sujetan el pensamiento es una débil barrera para el genio, se acerca el día en que, como ha dicho un eminente escritor, todas las aristocracias se confundirán en una sola, la del talento.

Varias son las obras que en este momento recordamos como dignas de no pequeños elogios.

El compendio manual de la guerra de la Independencia, que publicará cuanto antes nuestro editor, es obra de los Sres. Valladares y Saavedra y Canga Argüelles. Hemos tenido ocasión de leer algunas de sus páginas, y no dudamos que producirá utilidad al país y gloria á sus autores.

También aparecerá pronto el *Cuadro histórico de las revoluciones catalanas, con la biografía de los Condes de Barcelona*, obra de la cual nos son vedados los elogios, por lo que el público conocerá cuando vea los nombres de sus autores que encabezan el prospecto.

Faltaríamos á nuestro deber de amigos y de críticos imparciales, si dejásemos en olvido la novela *Parodias de verdades*, hija de la pluma de los Sres. Valladares y Cápua. Altamente filantrópico es el objeto de sus autores, y con envidiable maestría ha sido llevado á cabo en el primer tomo que elegantemente impreso ha salido del establecimiento del Sr. Lalama. La novela, y más la novela original, pues de traducidas nos sobran la mitad y dos terceras partes de la otra mitad, era cosa que hacia falta en nuestra España, y aunque el triunfo que con ella se alcanza no es tan estrepitoso como el que dá el teatro, es, sin embargo, más duradero, y quizá más sinceros los elogios que se reciban. Creemos que la novela de los Sres. Valladares y Cápua será una de las mejores que habrá en nuestra España, si los demás tomos corresponden al primero, y si continúan pintándose en ellos con colores tan vivos, como en este, las populares escenas de *la clase baja*, y los aristocráticos salones de *la clase alta*. Adelantamos nuestro parabien á sus autores.

Dos distinguidas poetisas, que forman las delicias de los apasionados á sus hermosas melancólicas composiciones, van á publicar dos obras que harán sin duda subir de punto su bien adquirida notoriedad. *El Desterrado*, drama original de Doña Amalia Fenollosa, y *Rafael*, novela escrita por Doña Anjela Grasi. El primero tenemos entendido que lo verá puesto en escena el público madrileño, la segunda saldrá á luz en un conocido establecimiento de Barcelona. Aplazamos un juicio crítico de ambas obras para cuando se publiquen.

Estos días pasados se han anunciado unas *Fábulas políticas*, de D. José María Gutiérrez y de Alba, joven del cual hemos leído algunas bellas composiciones en el *Duende*, periódico que con notable acierto dirige en Sevilla. Hemos leído la primera entrega de esta obra, que recomendamos á nuestros numerosos suscritores.

Tenemos entendido que D. Luis Maraver, director del *Cice*, periódico de Córdoba, publicará en esta corte un tomo de canciones, á las cuales dá el título de *Cancionero andaluz*. Hemos leído muchas de ellas, entre otras *la Cigarrera, el Torero, la Cantinera, el Centinela, la Beata y el Marinero*. Original ha sido la idea del señor Maraver en escribir una canción para cada uno de los tipos más conocidos en nuestra sociedad; esta obra debe tener mucho éxito, le auguramos muchos suscritores y deseáramos que cayese en manos de un editor que la apreciase en lo que vale, y la publicase con viñetas alusivas á cada composición.

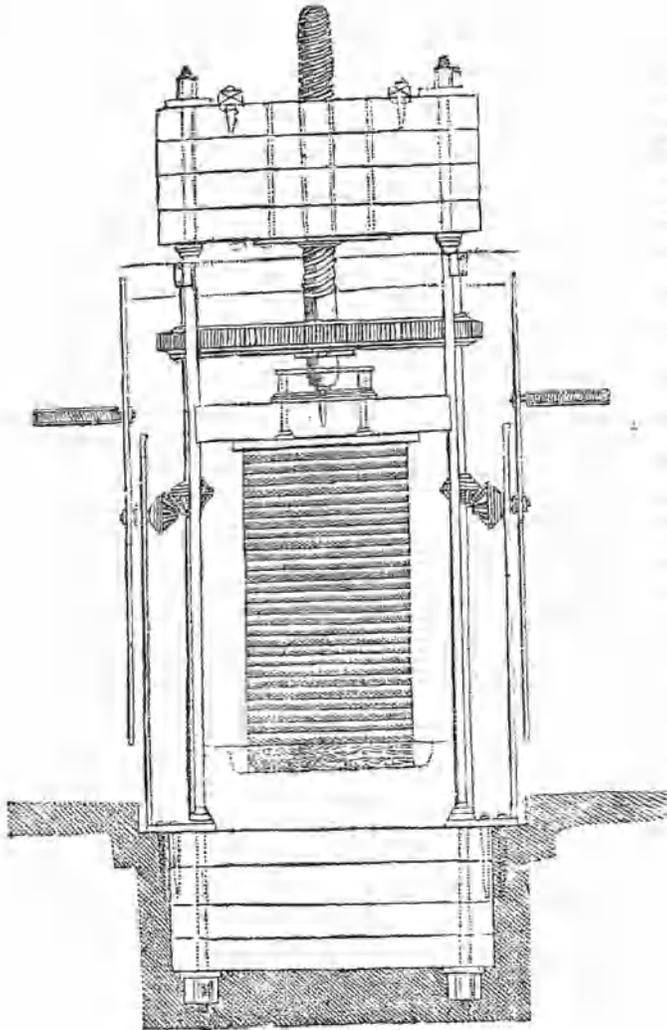
Las obras que publica la *Sociedad literaria* de esta corte, son notables por su parte literaria y

material, y por el esmero que demuestra en todas tener por director á una persona tan apreciable como D. Wenceslao Ayguals de Izco.

También recomendamos el periódico *el Genio*, que se publica en Barcelona, y que dirige actualmente con acierto el estudioso jóven D. Juan Mañé y Flaquer. Mucho nos complacería que siempre

tuviésemos motivo en nuestras crónicas de tributar elogios á personas dignas de ello, pero desgraciadamente no faltará algun día que deberemos descender á criticar algunas obras, que por cierto no merecen los honores de la publicacion.

VICTOR BALAGUER.



Otro de los objetos presentados en la Exposición, es la prensa construida por D. Tomás Miguel, conocido por el Vizcaino, cuyo taller está en la calle de la Reina, la cual sirve para moler la aceituna. La sencilla combinación de sus ruedas, unida á la circunstancia de que la potencia de ocho arrobas aplicada á las aspás, dá el resultado de 10,000 de presión, la hace de una grande recomendación para nuestros cosecheros. Su precio de 16,000 rs. no nos parece excesivo, si consideramos su poco volumen, y las ventajas que con ella puede reportar el comercio. Hemos preferido este modelo á otros de los allí presentados, porque prevenimos la gran utilidad que se sigue á nuestra industria, si introducidas estas máquinas, como ya han comenzado á usarse, se desterrasen antiguas rutinas, y siguiésemos la senda de adelantos en que nos preceden ya otras naciones.

—Hemos oido una *Fantasia* sacada del magnífico spartito *Hernani*, composición del acreditado jóven Oudrid, como igualmente unas *Variaciones sobre el Jaleo de Jerez* del mismo, y nos han agradado ambas obras extraordinariamente, porque son dignas de su estudioso autor. No tardaremos en ver grabadas ambas producciones.

—Nos ha complacido sobremanera el teatro llamado de Buena-Vista sito en la calle de la Luna, pues á lo bonito del local, reúne una compañía muy regular, en la que se distinguen la primera dama y el primer actor. En el próximo número nos ocuparemos mas estensamente de tan recomendable teatro.

ADVERTENCIA.

Los Sres. suscritores al *Album flarmónico del Semanario*, pasarán á recojer al almacén de música de Mascardo, la entrega musical correspondiente al mes de Julio, la cual consiste en una tanda de rigones de la acreditada ópera *I Lombardi*.

MADRID, 1845: IMPRENTA DE VICENTE DE LALAMA.

Calls del Duque de Alba, n. 13.